



REVISTA

del

Centro de Lectura

PERIÓDICO QUINCENAL

SUMARIO

Del quince al uno, por O. Rovellat y Prat.—CRÓNICA CIENTÍFICA: *Intoxicación por el óxido de carbono*, por F. Llauradó.—Sección *Excursionista*.—*Concurso nacional de fotografías*.—CRÓNICA ARTÍSTICA, por D. Sugrañes y J. Anguera Corbella.—2 de *Novembre* (poesía), por Angel Rius Vidal.—*Cançons populars cathalanes* (poesía), por M. V. B.—MISCE-LÁNEA.

DEL QUINCE AL UNO

AL ESCRITOR SR. ROBLES

Un mes hace hoy, un mes justito, sin faltar ni un día, que V., mi querido Sr. Robles, escribió en el *Semanario Católico* que en nuestra amada ciudad se publica, un artículo, donosamente escrito como todo cuanto de su docta pluma brota, en el cual, con la intención, que no puedo discutir aquí por ser intención sospechosa de política, ni quiero discutir por qué no soy muy aficionado á hacerlo tratándose de ideales aceptados á conciencia, defendidos con rectitud y alteza de miras, y practicados con el fin de buscar y hacer el bien, como creo que V., amigo mío, acepta, defiende y practica los suyos, con la intención, digo, de molestar á los que como V. no piensan en el orden político, se quejaba V. de que no puedan otras sociedades reusenses participar de las atenciones, ni de las preferencias, ni de las protecciones de que es objeto el «Centro de Lectura» de parte del Rector de la Universidad de Barcelona, de parte del Gobierno y de parte del Ayuntamiento de Reus. Y queriendo fundamentar sus lamentacio-

nes, decía V. esto que fielmente copio: «El *Centro de Lectura* enseña á los alumnos de sus clases nocturnas, es evidente, muchas cosas útiles: gramática, cálculo, música, lenguas, dibujo; más no consta que en sus aulas se den cursos de moral ni de religión»; añadiendo posteriormente esta pregunta: «¿acaso no son también obreros los alumnos que concurren á las clases de otros Centros docentes como son el *Centro Católico* y el *Patronato del Obrero*?»

Sabe V. muy bien, amado Robles, cuán intenso es el cariño que para el «Centro de Lectura» siento, y, por consecuencia de él, cuán celoso estoy del buen nombre de esta sociedad. Así es, que debió V. pensar en una pronta, larga y apasionada respuesta de mi parte á su artículo, pero, amigo mío, se equivocó V. en sus calendarios, pues adrede he dejado que transcurriera el tiempo hasta hoy, que, en calma mis nervios, y dueño, muy dueño de mí mismo por haber completamente desaparecido aquella excusable excitación que en nosotros suele producir el más ligero reproche dirigido á lo que de verdad uno quiere, podremos hablar reposadamente, sin comprometer á los Centros de V. ni á mi Centro, en peligrosas y enojosas discusiones y sin que nuestra fiel amistad valga de menos. Andaré, seguramente, equivocado, pues en materia de medicamentos soy poco ducho, pero yo creo firmemente que no hay mejor tila para subordinar los con harta frecuencia revoltosos nervios y para enfriar toda suerte de apasionamientos, que la benéfica y plácida acción del tiempo.

Se queja V., amigo mío, de que no conste que en

las aulas del «Centro» se den cursos de moral y religión ¿no es verdad? Pues, mire V. amigo Robles, no consta, porque realmente no se dan tales cursos, y no se dan, porque el «Centro» no pretende educar á los niños, sino instruir á los hombres, ilustrar sobre todo á los obreros, elevar su nivel intelectual, enseñarles á pensar por cuenta propia, compenetrarles de sus deberes y de sus derechos de hombre, hacerles sentir hacia sus semejantes fraternal cariño, y dar, en fin, á las inteligencias el alimento necesario para conquistar fácilmente el día de mañana el alimento para el cuerpo. La moral y la religión deben aprenderlas los hombres, no en edad avanzada, sino en la infancia, en el hogar, en el regazo mismo de su madre que les dió la vida, y tanto es así, que bien sabe V. que poco ó nada de bueno hay que esperar de aquel que desde niño no lleva allí en un rincón de su corazón un buen caudal de principios severos y de máximas de la moral más escrupulosa, como no hay que fiar poco ni mucho de la religiosidad de aquel á quien en los floridos años de su infancia no le han enseñado á creer en Dios y á amarle. Claro es que hay más de una y más de dos excepciones de esta regla general, pero si alguien puede con el tiempo cambiar la inmoralidad que en su cuna recogiera por la moral más pura, y si algún descreído empedernido puede convertirse mañana en creyente fervoroso, de tamaño empresa deben cuidarse, más que nadie, los curas, los médicos del alma, como al cuidado de ellos debe estar la conservación de aquel fondo moral y religioso en aquellos que tuvieron una madre que, con las primeras palabras, enseñóles las primeras buenas obras y las primeras oraciones.

No quisiera que se tomara V. rigurosamente al pie de la letra lo que acabo de decirle, pues como quiera que mis facultades de escritor están muy por debajo de las que en V. reconocen todos, temo que no haya expresado con la debida fidelidad mi pensamiento. Así, por ejemplo, á V. le parecerá seguramente que, con mis razones, ando buscando una manera de excusar la omisión que V. ha señalado entre las cosas útiles que en el Centro se enseñan, y no es así, por la razón de que no necesita el «Centro» de semejante excusa, pues si es cierto que en él no se enseña la moral en forma de cursos, también lo es que se enseña en la forma que se ha de inculcar tan delicada materia en aquellos que ya no son niños, que se enseña practicándola, que se predica con el ejemplo. En el «Centro», bien debe V. saberlo amigo Robles, está completamente prohibido toda suerte de juegos lo mismo aquellos para los que la ley establece sanción penal, que aquellos á quienes la benignidad del legislador y la arraigada costumbre de las gentes han dado carácter de legalidad, sin

conseguir que dejaran de ser perniciosos y corruptores. En el «Centro», amigo mío, no es permitido el baile, á cuyos inmensos peligros la generalidad de las madres no titubean en lanzar á sus hijas. En el «Centro» en fin, no se permite ningún placer insano, ninguna diversión que en sí lleve el germen del vicio y de la inmoralidad, y cuantos conocen perfectamente lo que nuestra sociedad es, saben muy bien que en ella no puede irse á buscar más que el honesto esparcimiento del espíritu y el cultivo de la inteligencia.

¿Y se puede decir lo mismo de otras sociedades reusenses? Sabe V. amigo Robles, tan bien como yo, que con un no rotundo hay que responder á esa pregunta; más, seguramente, en el momento en que estaba V. escribiendo su artículo debiósele olvidar á V. eso que V. sabe perfectamente, pues solamente así se explica que se atreviera V. á comparar, con el «Centro de Lectura», otros Centros que en Reus existen. Es verdad que, como V. dice, los obreros que frecuentan esos otros Centros, obreros son, al fin y al cabo, como los que á nuestro Centro acuden; pero, ¿puede V. ni nadie afirmar que el carácter de aquellas sociedades sea tan moral como el de la nuestra? No ciertamente, pues á V. le consta que en los Centros que V. cita se juega, no diré á los prohibidos, pero se juega al fin, y, V. sin duda convenirá conmigo, que un juego no deja de ser menos inmoral por el hecho de no ser visto con malos ojos por los gobiernos. Y es más, yo he visto no una vez, sino muchas veces, con profunda pena, en ese «Patronato» que V. mienta, como los jóvenes obreros no solo pecan de inmoralidad disputándose jugando la peseta que su vieja madre les entregara al fin de la semana, sino que pecan también entregándose impunemente al feo vicio de la blasfemia.

Y de la enseñanza de la religión, ¿qué diremos? Pues sencillamente, diremos que si en el «Centro» no se dan cursos de religión, es porque el «Centro» no impone esa ni la otra religión á sus socios, sino que considerándoles á todos como hermanos por la mera condición de ser hombres, les deja en entera libertad en esa cuestión de conciencia, dejando que quien quiera, pueda y deba procure convencer á los que en su sentir vayan equivocados. Lo cual no quiere decir, amigo Robles, que no se pueda enseñar religión en el «Centro», sino todo lo contrario, pues en él, en virtud de ese espíritu, de mútua tolerancia que no hallará V. en ninguna otra sociedad de Reus, puede hablarse y discutirse de todo, siempre que, como es corriente entre personas bien educadas, se hable y se discuta guardando las debidas formas, es decir, procurando convencer á los adversarios á fuerza de argumentos y no á fuerza de insultos. Y tanto es así, querido amigo mío, que yo que conozco

á V. y sé que le sobran conocimientos para lucirse y convencer á sus oyentes y le sobra también educación, invito á V. para que, si considera V. que es necesario, acuda á ocupar la cátedra libre, enteramente libre de nuestro «Centro», seguro de que la Junta de Gobierno del mismo no le pondrá su veto.

Perdone V. si durante tanto tiempo he ocupado su atención que en cuestiones más útiles y de más trascendencia suele ocuparse, y disponga de este su amigo que ansioso espera el momento de aplaudirle en el «Centro de Lectura».

O. Rovellat y Prat.

Crónica Científica

INTOXICACIÓN

POR EL ÓXIDO DE CARBONO

(CONTINUACIÓN)

Observando la sangre con el microscopio, se descubren unos corpúsculos redondeados, escavados por sus dos caras, de color rojizo, conocidos con el nombre de glóbulos rojos. El número de glóbulos rojos en la sangre humana, en estado normal, se calcula aproximadamente en 5 millones por milímetro cúbico, de modo que, evaluándose la sangre en 5 kilos, se tiene que poseemos la enorme cifra de 25 billones de estos microscópicos corpúsculos. ¡Cuán inmenso el mundo de lo infinitamente pequeño! ¡Cuán magestuosa se nos ofrece la naturaleza, así en sus colosales masas cósmicas como en las microscópicas individualidades biológicas!

Entra á constituir el glóbulo rojo una sustancia ferruginosa, la hemoglobina, que le empapa á la manera que el agua puede empapar una esponja. Esta sustancia es la que dá el color rojo á la sangre, estando dotada de propiedades químico-biológicas importantísimas. Tiene la facultad de ser muy afín con el oxígeno del aire y con el óxido de carbono, formando con el primero la oxi-hemoglobina y con el segundo la hemoglobina oxi-carbonada. La afinidad con el oxígeno es sumamente inestable, y, así observamos, que el oxígeno abandona fácilmente á la hemoglobina. En el acto de la inspiración, el oxígeno del aire, poniéndose en contacto con la sangre de la red sanguínea capilar de los pulmones, se combina con el glóbulo rojo ó mejor con la hemoglobina, pero luego, al circular la sangre y al llegar á la red capilar de la circulación mayor, abandona el oxígeno, que va á nutrir á los tejidos, en tanto que la hemoglobina arrastrada con la sangre se dirige otra vez hacia los pulmones para hacer una nueva acopia de oxígeno, y así, en tanto dura la vida, se realizan una serie de oxidaciones y desoxida-

ciones. Sin oxígeno no es posible la vida. El pez que vive en el agua, el gusano que vive en las profundidades de la tierra, la semilla que el labrador deposita en el suelo necesitan del oxígeno para vivir, é igualmente lo necesitan los seres organizados llamados aneorobios, solo que estos en vez de apropiárselo de la atmósfera y del disuelto en las aguas, se lo apropian de los elementos químicos del medio en que viven, sean orgánicos ó inorgánicos, descomponiéndolos para satisfacer sus necesidades. Los unos se apropian del oxígeno libre, los otros del oxígeno combinado, pero tanto unos como otros necesitan de este elemento para vivir y reproducirse.

El glóbulo rojo, ó el elemento químico que le presta propiedades biológicas, que como sabemos es la hemoglobina, forma al ponerse en contacto con el óxido de carbono un compuesto estable y de difícil descomposición. Si tiene la hemoglobina afinidad con el oxígeno, mayor aún es la que ofrece para con el oxígeno de carbono, pero con la notable diferencia de que, si la oxi-hemoglobina es un compuesto inestable, la hemoglobina oxi-carbonada es un compuesto estable.

Supongamos que tengamos que respirar en una atmósfera cargada de óxido de carbono; supongamos, ya que así sucede en todos los casos de intoxicación, que la atmósfera contenga oxígeno, para á la vez una cantidad más ó menos respetable de óxido de carbón. La sangre, en el acto inspiratorio, se combinará en parte con el oxígeno para formar la oxi-hemoglobina, mientras que en parte se combinará con el óxido de carbono para constituir la hemoglobina oxi-carbonada. Sabemos, por lo dicho anteriormente, que la hemoglobina oxi-carbonada tiene más firmeza y estabilidad que la oxi-hemoglobina y así sucederá que al cabo de un tiempo más ó menos largo de respirar en aquella atmósfera, predominará en la sangre el compuesto estable, será el único, es decir que, el óxido de carbono, habrá desalojado por completo el oxígeno de la sangre, llegando en este caso á ser la sangre impropia para el cumplimiento de las funciones de la vida.

Si la cantidad de óxido de carbono contenida en la atmósfera es escasa, no sucederá nada, puesto que la oxi-hemoglobina formada bastará para suministrar el suficiente oxígeno á los tejidos, pero si el óxido de carbono abunda, llegando al 0'50 ó al 1 por 100, se formarán grandes cantidades de hemoglobina oxi-carbonada, sobreviniendo profundas perturbaciones en el organismo, y finalmente, á no intervenir con oportunidad, sobrevendrá la muerte, como sucedió á Mr. Zola.

El mecanismo de las perturbaciones orgánicas, y aún de la muerte, se explica fácilmente. La química biológica penetrando en los misterios de la natura-